

## Circo

Finalmente fuimos al circo.

Parecía una tarea imposible de realizar, nunca nos poníamos de acuerdo, Laurent pensaba que esos lugares estaban cargados de oscuridad humana, decadencia y de un exacerbado mal gusto.

No entendía que el circo pudiera despertarme ilusión.

Entonces le enumeré razones por las que quería ir : respirar su aire polvoriento, mancharme con la pintura fresca de las gradas mal martilladas, acelerar mi corazón con los trucos de los acróbatas y reírme de los chistes efectivos de los payasos.

El circo me despertaba poesía, era un deseo que venia arrastrando desde la niñez, solo había ido una vez y los recuerdos que tenia de esa experiencia no eran claros, sino mas bien difusos y con sentimientos encontrados.

Recuerdo el afiche de la entrada (en el que había dibujado una inmensa boca llena de dientes de una fiera), el barullo monótono y áspero a lata de una moto que paseaba dentro de una esfera de metal y por ultimo consigo escuchar la voz chillona y acoplada del presentador.

No estaba contenta ese domingo -porque no fui con mis padres- sino con una tía a la que no quería mucho (tenia la misma cara que mi madre pero con un pelo espantoso y cambiante de peluquera) no paró de comer ni un segundo, hacia un sonido violento con sus uñas largas en la bolsa de golosinas que me erizaba el cuerpo.

No me dejó escuchar los acordes desafinados del pierrot, ni el trote de los caballos, ni el coro de enanos, todo lo imaginé en mi mente mientras miraba las imágenes, como en una película muda.

Quería darle una segunda chance al circo y a la niña aquella que fui, entonces repetí una y mil veces que quería ir al circo -como en un ejercicio de auto ayuda- en busca de acompañante.

Fue así que a los meses gané por cansancio y estábamos Laurent y yo tomados de las manos haciendo fila en la boletería del circo vecino.

Mi niña miraba las lamparitas de colores de las guirnaldas, el techo rojo y blanco de la carpa, la fila repleta de niños como ella, tomados de las manos de sus padres sonriéndole a la vida, estaba feliz!

Laurent tenia ojos que no miraban nada, en sus gestos de adulto podía verse un cierto aire de arrepentimiento y seguro pensaría en el dinero tirado de las entradas.

Tenia a su niño amordazado en una silla en lo mas hondo de su interior, y me besaba los cachetes con boca de padre, estaba distante de mi mundo de fantasía y protegía mis manos del frío pensando solo en obligaciones.

Mi niña se sentía sola, quería compartir su felicidad pero no era tan sencillo, el niño de Laurent parecía muerto y enterrado bajo las facciones frías de un hombre maduro.

Una vez sentada en las gradas esqueléticas del circo quedé con la cara ausente de sonrisa y pasé al estado ordinario de pensar como mujer y miré a los payasos con ojos de desprecio y deseé caídas a los trapecistas cruzando dedos en el escondite de mis bolsillos.

Miré el espectáculo con un gran escepticismo descubriendo remiendos en los trajes, pelucas ancianas, suelas gastadas, caras arrugadas y ojos sin brillo.

No entendía aquel abandono repentino de mi niña, que habría sucedido? seria muy tarde y se echo dormir la siesta? me mortificaba en mis pensamientos intentando encontrar una explicación a mi soledad.

Entonces miré a Laurent y vi que sus ojos tenían un brillo diferente y parecía estar mas liviano de

equipaje, tenía los hombros caídos y las piernas colgando con un dedo en la nariz y la sonrisa abierta como abanico.

Entendí que su niño había resucitado y que estaba concentrado en aquella explosión de trompetas y bandoneones, fue en ese segundo que sentí que mis ojos veían el mundo gigante y que la trompa del elefante era uno de los misterios más lindos a descubrir.

Mi niña había vuelto y con su sonrisa de dientes de leche me dijo al oído: pude desatar al niño de tu amigo, ahora somos cuatro!

En mi oreja sentí el secreto más dulce que alguien me había confesado, sus labios tiernos me dejaron miguitas de felicidad.

Esa noche respiramos con pulmones diminutos el aire noble de la infancia, mordimos manzanas acarameladas y dejamos a nuestros pies bailar para el lado de la música, esa noche fuimos dos seres multiplicados, cuatro seres divididos.

La magia se rompió con el aplauso de pie de los espectadores, los actores se doblaban con cada palma sonora y nuestros niños se esfumaron dejándonos los mismos ojos mendigos del comienzo.

Camino a casa nos agarró de sorpresa una tormenta de lágrimas inesperadas, tomados de la mano y en silencio maldecimos al tiempo y sus relojes.

**Cathy Burghi.**